LIBRO dot.com

El Regreso de Sherlock Holmes

La Aventura de Charles Augustus Milverton

Arthur Conan Doyle



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Han transcurrido años desde que tuvieron lugar los acontecimientos que me dispongo a relatar, a pesar de lo cual aún siento cierto reparo en comentarlos. Durante mucho tiempo habría resultado imposible sacar a la luz pública estos hechos, ni siquiera con la mayor discreción y prudencia; pero ahora, la persona más implicada se encuentra va fuera del alcance de las leves humanas y, con las debidas supresiones, se puede contar la historia de manera que no perjudique a nadie. Constituyó una experiencia absolutamente única, tanto en la carrera de Sherlock Holmes como en la mía. El lector sabrá disculpar que oculte la fecha v cualquier otro dato que pudiera servirle para identificar el verdadero suceso.

Holmes y yo habíamos salido a uno de nuestros vagabundeos vespertinos, v habíamos regresado a eso de las seis de la tarde de un día crudo v frío de invierno. Al encender Holmes la lámpara, la luz cayó sobre una tarjeta dejada encima de la mesa. Le echó un vistazo y, soltando una exclamación de repugnancia, la tiró al suelo. Yo la recogí y leí:

CHARLES AUGUSTUS MILVERTON
APPLEDORE TOWERS
HAMPSTEAD
Agente.

-¿Quién es? -pregunté.

-El hombre más malo de Londres -respondió Holmes, sentándose v estirando las piernas hacia el fuego-. ¿Dice algo al dorso de la tarjeta?

Le di la vuelta v leí:

-Pasaré a verlo a las 6,30.-C.A.M.»

-¡Hum! Es casi la hora. Dígame, Watson: ¿no siente usted una especie de escalofrío o estremecimiento cuando mira las serpientes en el parque zoológico y ve esos bichos deslizantes, sinuosos, venenosos, con su mirada asesina y sus rostros malignos y achatados? A lo largo de mi carrera he tenido que vérmelas con cincuenta asesinos, pero ni el peor de todos ellos me ha inspirado la repulsión que siento por este individuo. Y sin embargo, no puedo evitar tener tratos con él... La verdad es que viene porque yo le invité.

-Pero ¿quién es?

-Se lo voy a decir, Watson. Es el re de los chantajistas. ¡Que Dios se apiade del hombre, y aún más de la mujer, cuyos secretos y reputación caigan en manos de Milverton! Con una sonrisa en los labios y un corazón de mármol, los exprimirá y seguirá exprimiendo hasta dejarlos secos. A su manera, el tipo es un genio, y habría destacado en cualquier oficio más digno. Utiliza el método siguiente: hace correr la voz de que está dispuesto a pagar sumas muy elevadas por cartas que comprometan a personas ricas o de alta posición. Recibe esta mercancía no sólo de criados y doncellas que traicionan a sus señores, sino también de rufianes elegantes que se han ganado la confianza y el cariño de mujeres demasiado confiadas. No es nada tacaño en sus tratos. Sé, por ejemplo, que le pagó setecientas libras a un lacayo por una nota con sólo dos líneas de texto, y el resultado fue la ruina de una distinguida familia. Todo lo que sale al mercado va a parar a Milverton, y hay cientos de personas en esta gran ciudad que se ponen blancos con sólo oír su nombre. Nadie sabe dónde caerá su garra, porque es lo bastante rico y lo bastante astuto para no actuar con apremios. Es capaz de guardarse una carta durante años, para jugarla en el momento en que las apuestas sean más sustanciosas. Ya le he dicho que es el hombre más malo de Londres, y ahora le pregunto si se puede comparar al rufián que en un momento de arrebato le atiza un garrotazo a su compinche, con este hombre que, de manera metódica y a sangre fría, tortura el alma y retuerce los nervios con el fin de seguir llenando sus ya hinchados sacos de dinero.

Pocas veces había yo oído a mi amigo hablar con tal intensidad de sentimiento.

-Pero supongo yo que la justicia podrá echarle el guante -dije.

-Técnicamente, qué duda cabe, pero en la práctica no. ¿Qué ganaría una mujer, por ejemplo, con que le cayeran unos pocos meses de cárcel, si la consecuencia inmediata es su propia ruina?

Sus víctimas no se atreven a devolver los golpes. Si alguna vez extorsionara a una persona inocente, entonces sí, le tendríamos cogido. Pero es tan astuto como el mismo demonio. No, no, tendremos que encontrar otras maneras de combatirlo.

-¿Y por qué viene aquí?

-Porque un ilustre cliente ha puesto su lamentable caso en mis manos. Se trata de lady Eva Brackwell, la más bella de las jóvenes que fueron presentadas en sociedad la temporada pasada. Va a casarse dentro de quince días con el conde de Dovercourt. Este monstruo dispone de varias cartas imprudentes (imprudentes, Watson, y no algo peor), que fueron dirigidas a un joven caballero de provincias que no tiene un céntimo. Con esas cartas bastaría para romper el compromiso. Milverton enviará las cartas al conde, a menos que se le pague una fuerte suma de dinero. A mí se me ha encargado entrevistarme con él y llegar al mejor arreglo posible.

En aquel instante se oyó un traqueteo y ruido de cascos abajo en la calle. Me asomé a mirar y vi un lujoso carruaje tirado por un magnífico par de caballos, con brillantes faroles cuya luz se reflejaba en las lustrosas ancas de los nobles animales. Un lacayo abrió la puerta y un hombre bajo y corpulento, con un peludo abrigo de astracán, descendió del coche. Un minuto más tarde estaba en nuestra habitación.

Charles Augustus Milverton era un hombre de cincuenta años, de cabeza voluminosa con aire intelectual, cara redonda, regordeta y afeitada, perpetua sonrisa fría y dos ojos grises e inquisitivos, que brillaban intensamente a través de unas gruesas gafas con montura de oro. Había en su aspecto algo de la benevolencia de míster Pickwick, estropeada tan sólo por la insinceridad de la sonrisa fija v por el brillo metálico de aquellos ojos inquietos y penetrantes. Su voz era tan suave v untuosa como sus facciones cuando avanzó con una gordezuela mano extendida, murmurando lamentaciones por no habernos encontrado en casa en su primera visita.

Holmes hizo caso omiso de la mano extendida y le miró con rostro pétreo. La sonrisa de Milverton se ensanchó; se encogió de hombros, se quitó el abrigo, lo dobló con gran parsimonia sobre el respaldo de una silla v tomó asiento.

-Este caballero... -dijo, haciendo un gesto en dirección mía-. ¿Es discreto? ¿Es de confianza?

-El doctor Watson es mi amigo y mi socio.

-Muy bien, señor Holmes. Tan sólo protestaba en interés de su cliente. Se trata de una cuestión tan delicada...

-El doctor Watson ya está al corriente.

-Entonces, vayamos al grano. Dice usted que actúa en nombre de lady Eva. ¿Le ha autorizado ella a aceptar mis condiciones?

-¿Cuáles son sus condiciones?

-Siete mil libras.

-¿Y la alternativa?

-Querido señor, me resulta doloroso hablar de ello; pero si no me ha pagado esa cantidad el día catorce, puede estar seguro de que no habrá boda el dieciocho.

Su insufrible sonrisa se hizo más meliflua que nunca. Holmes reflexionó un momento.

-Me parece -dijo por fin- que da usted por seguras demasiadas cosas. Como es natural, conozco el contenido de esas cartas. Y, desde luego, mi cliente hará lo que yo la

aconseje. Y yo la aconsejaré que se lo cuente todo a su futuro esposo y confíe en su generosidad.

-Milverton soltó una risita ahogada.

-Está claro que no conoce usted al conde -dijo.

La expresión de desconcierto que apareció en la cara de Holmes me demostró que sí lo conocía.

-¿Qué tienen de malo esas cartas? -preguntó.

-Son divertidas, muy divertidas -respondió Milverton-. La dama escribe unas cartas encantadoras. Pero puedo asegurarle que el conde de Dovercourt no sería capaz de apreciarlas en lo que valen. Sin embargo, puesto que usted opina lo contrario, dejémoslo estar. Es una simple cuestión de negocios. Si cree usted que lo que más conviene a los intereses de su cliente es poner esas cartas en manos del conde, no cabe duda de que sería una idiotez pagar una suma de dinero tan elevada por recuperarlas.

Se levantó y recogió su abrigo de astracán. Holmes se había puesto gris de rabia y humillación.

-Aguarde un momento -dijo-. Va usted demasiado deprisa. Desde luego, estaríamos dispuestos a hacer todo lo posible por evitar el escándalo en un asunto tan delicado.

Milverton volvió a dejarse caer en su asiento.

-Estaba seguro de que lo vería usted desde ese punto de vista -ronroneó.

-Pero, al mismo tiempo -continuó Holmes-, lady Eva no es una mujer rica. Le aseguro que un desembolso de dos mil libras agotaría sus recursos, y que la cifra que usted menciona está por completo fuera de sus posibilidades. Le ruego, pues, que modere sus exigencias y devuelva las cartas al precio que yo le indico, que le aseguro que es el más alto que podrá conseguir.

La sonrisa de Milverton se ensanchó aún más y sus ojos centellearon divertidos.

-Me consta que es cierto lo que usted dice acerca de los recursos de la dama -dijo-. Pero, al mismo tiempo, tiene usted que reconocer que la boda de una dama es ocasión muy propicia para que sus amigos y parientes hagan algún pequeño esfuerzo en su beneficio. Puede que aún no sepan qué regalo de bodas hacerle. Yo les aseguro que este pequeño fajo de cartas le proporcionará más alegría que todos los candelabros y mantequilleras de Londres.

-Es imposible -dijo Holmes.

-¡Señor, Señor, qué desgracia! -exclamó Milverton, sacando del bolsillo un abultado cuaderno-. No puedo evitar pensar que las señoras están mal aconsejadas al no hacer un esfuerzo. ¡Fíjese en esto! -mostró una cartita con un escudo de armas en el sobre-. Pertenece a... bueno, quizás no sea correcto decir el nombre hasta mañana por la mañana. Pero para entonces estará ya en manos del esposo de la dama. Y todo porque ella no quiso molestarse en conseguir una suma miserable, que podría haber obtenido en una hora convirtiendo sus diamantes en dinero. Es una lástima tan grande. Por cierto, ¿recuerda usted cómo se rompió de pronto el compromiso entre la honorable señorita Mils y el coronel Dorking? Sólo dos días antes de la boda apareció una noticia en el Morning Post anunciando que todo había terminado. ¿Y por qué? Resulta casi increíble, pero todo se podría haber arreglado con la ridícula suma de mil doscientas libras. ¿No es una pena? Y aquí está usted, señor Holmes, un hombre inteligente, regateando las condiciones, cuando están en juego el futuro y el honor de su cliente. Me sorprende usted, señor Holmes.

-Le estoy diciendo la verdad -respondió Holmes-. No se puede conseguir ese dinero. Yo creo que sería mejor para usted aceptar la respetable suma que le ofrezco, en lugar de arruinar el porvenir de esta mujer sin sacar de ello ningún beneficio.

-En eso se equivoca, señor Holmes. Dar a conocer los hechos me reportaría considerables beneficios de manera indirecta. Tengo ocho o diez casos similares, aún

madurando. Si corriera entre ellos la voz de que he hecho un severo escarmiento con lady Eva, los encontraría a todos mucho más dispuestos a razonar. ¿Comprende mi punto de vista?

Holmes saltó de su silla.

-Póngase usted detrás de él, Watson. No lo deje escapar. Y ahora, señor, veamos el contenido de ese cuaderno. Milverton se había escurrido, rápido como una rata, hacia un costado de la habitación, colocándose con la espalda contra la pared.

-¡Señor Holmes, señor Holmes! -dijo, abriéndose la chaqueta y dejando ver la culata de un enorme revólver, que sobresalía del bolsillo interior-. Yo esperaba que hiciera usted algo original. Esto lo han hecho tantas veces... ¿Y de qué ha servido? Le aseguro que estoy armado hasta los dientes y que estoy perfectamente dispuesto a utilizar el arma, sabiendo que la ley estará de mi parte. Además, está muy equivocado si supone que iba a traer aquí las cartas dentro de un cuaderno de notas. Jamás haría una tontería semejante. Y ahora, caballeros, todavía me aguardan una o dos entrevistas esta noche y hay un largo camino hasta Hampstead.

Dio un par de pasos hacia adelante, recogió su abrigo, apoyó la mano en el revólver v se volvió hacia la puerta. Yo levanté una silla, pero Holmes negó con la cabeza y volví a dejarla en el suelo. Milverton salió de la habitación con una reverencia, una sonrisa y un guiño de ojos, y unos momentos después oímos cerrarse de golpe la puerta del carruaje y el traqueteo de las ruedas que se alejaban.

Holmes se quedó sentado e inmóvil ante la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, la barbilla caída sobre el pecho v los ojos clavados en el brillo de las brasas. Así permaneció, callado y sin moverse, durante media hora. Entonces, con el aire de quien ha tomado una decisión, se puso en pie de un salto y se metió en su alcoba. Al poco rato, un joven obrero de aspecto disoluto, con perilla y andares fanfarrones, encendía su pipa de arcilla en la lámpara antes de salir a la calle.

-Ya volveré, Watson -dijo antes de desvanecerse la noche. Comprendí que había iniciado su campaña contra Charles Augustus Milverton; pero poco sospechaba yo el extraño giro que habría de tomar dicha campaña.

Durante varios días, Holmes estuvo yendo y viniendo a todas horas con aquel disfraz, pero yo no sabía nada de sus andanzas, aparte de un comentario suyo que indicaba que pasaba el tiempo en Hampstead y que no era tiempo perdido. Por fin, una noche de furiosa tempestad, cuando el viento gemía y hacía golpear las ventanas, regresó de su última expedición v, después de quitarse el disfraz, se sentó ante el fuego y se echó a reír de buena gana, con su característica risa silenciosa y hacia dentro.

-¿Verdad, Watson, que no me considera usted un hombre propenso al matrimonio?

-Desde luego que no.

-Pues le interesará saber que estoy comprometido.

-¡Querido amigo! Le feli...

-Con la criada de Milverton.

-¡Cielo santo, Holmes!

-Necesitaba información, Watson. -Pero ¿no habrá ido demasiado lejos?

-Era preciso hacerlo. Soy un fontanero llamado Escott, con un negocio que prospera. He salido con ella todas las tardes y he hablado con ella. ¡Santo cielo, qué conversaciones! Sin embargo, he conseguido lo que quería. Ahora conozco la casa de Milverton como la palma de mi mano.

-¿Y la chica, qué, Holmes?

Él se encogió de hombros.

-No se puede evitar, querido Watson. Habiendo tanto en juego, hay que jugar las cartas lo mejor que se pueda. Sin embargo, me alegra decirle que tengo un odiado rival que se

apresurará a quitarme la novia en cuanto yo le vuelva la espalda. ¡Qué noche tan maravillosa hace!

-¿Le gusta este tiempo?

-Viene muy bien para mis propósitos, Watson. Me propongo entrar a robar en casa de Milverton esta noche.

Me quedé en silencio y sentí un escalofrío al escuchar estas palabras, pronunciadas lentamente, en un tono de absoluta decisión. De la misma manera en que un relámpago en la noche nos permite ver en un instante todos los detalles de un extenso paisaje, a mí me pareció vislumbrar de golpe todas las posibles consecuencias de semejante acción: el descubrimiento, la detención, el final de una honrosa carrera en medio del fracaso y la vergüenza irreparables, mi amigo quedando a merced del odioso Milverton.

-¡Por amor de Dios, Holmes, piense en lo que hace! -exclamé.

-Querido amigo, lo he meditado muy a fondo. Yo jamás me precipito en mis acciones y no adoptaría un método tan drástico, y desde luego tan peligroso, si existiera otra posibilidad. Consideremos el asunto de manera clara e imparcial. Supongo que usted reconocerá que se trata de un acto moralmente justificable, aunque técnicamente delictivo. Lo único que pretendo al entrar en la casa es apoderarme de aquel cuaderno de bolsillo..., algo en lo que usted mismo estaba dispuesto a ayudarme.

Le di vueltas a la idea en la cabeza.

-Sí -dije-, es moralmente justificable, siempre que no nos propongamos robar más objetos que los que se utilizan con fines ilícitos.

-Exacto. Y puesto que es moralmente justificable, sólo tengo que considerar la cuestión del riesgo personal. Y un caballero no debe pensar mucho en eso cuando una dama necesita desesperadamente su ayuda, ¿no cree?

-Se colocará usted en una posición muy dudosa.

-Bueno, eso forma parte del riesgo. No existe otra manera posible de recuperar las cartas. La desdichada dama no dispone del dinero y no puede confiar en ninguno de sus allegados. Mañana se cumple el plazo y si no conseguimos las cartas esta noche, ese canalla cumplirá su palabra y le destrozará la vida. Así pues, o abandono a mi cliente a su suerte o tengo que jugar esta última carta. Entre nosotros, Watson, se trata de una competición deportiva entre ese Milverton y yo. Como ha podido ver, él ha salido ganando en los primeros asaltos, pero mi amor propio y mi reputación me obligan a luchar hasta el final. -En fin, no me gusta, pero supongo que no queda más remedio -dije-. ¿Cuándo salimos?

-Usted no viene.

-Entonces, usted tampoco. Le doy mi palabra de honor, y no he faltado a ella en mi vida, de que cogeré un coche e iré directo a la comisaría a denunciarle, a menos que me permita compartir con usted esta aventura.

-Usted no puede ayudarme.

-¿Cómo lo sabe? No puede saber lo que va a suceder. En cualquier caso, mi decisión ya está tomada. No es usted el único que tiene amor propio e, incluso, reputación.

Al principio, Holmes pareció molesto, pero luego desarrugó la frente y me palmeó el hombro.

-Muy bien, querido camarada, que sea como usted dice. Hemos compartido el mismo alojamiento durante años, y tendría gracia que acabáramos compartiendo la misma celda. ¿Sabe, Watson? No me importa confesar que siempre he tenido la impresión de que habría podido ser un delincuente muy eficaz. Esta es la oportunidad de mi vida en ese sentido. ¡Mire! -sacó de un cajón un bonito maletín de cuero v lo abrió, dejando ver una buena cantidad de herramientas relucientes-. Este es un equipo de ladrón de primera clase y último modelo, con palanqueta niquelada, cortacristales con punta de diamante, llaves adaptables y

todos los adelantos modernos que exige el progreso de la civilización. Y aquí tengo mi linterna sorda. Todo está preparado. ¿Tiene usted un par de zapatos silenciosos?

-Tengo zapatillas de tenis con suela de goma.

-Excelente. ¿Y antifaz?

-Puedo hacer un par con seda negra.

-Veo que tiene usted una fuerte disposición natural para este tipo de cosas. Muy bien; haga usted los antifaces. Tomaremos un poco de cena fría antes de salir. Ahora son las nueve y media. A las once tomaremos un coche más o menos hasta Church Row. Desde allí hay un cuarto de hora de camino hasta Appledore Towers. Podremos estar trabajando antes de medianoche. Milverton tiene el sueño muy pesado y se va siempre a dormir a las diez y media. Con un poco de suerte, podremos estar aquí de vuelta) a las dos, con las cartas de lado Eva en mi bolsillo.

Holmes y yo nos vestimos de etiqueta para parecer dos hombres que salían del teatro y regresaban a su casa. En Oxford Street paramos un coche, que nos llevó a una dirección de Hampstead. Allí nos apeamos, y con nuestros abrigos bien abrochados -porque hacía un frío terrible v el viento parecía pasar a través de nosotros- caminamos a lo largo del seto.

-Este asunto exige actuar con mucha delicadeza -dijo Holmes-. Los documentos están encerrados en una caja fuerte en el despacho de nuestro hombre, y el despacho es la antesala de su dormitorio. Por otra parte, como todos los tipos bajos y gordos que se dan buena vida, el hombre duerme a pierna suelta. Agatha, que así se llama mi prometida, dice que todo el servicio hace chistes acerca de lo difícil que resulta despertar al señor. Tiene un secretario que cuida de sus intereses y que no sale del despacho en todo el día. Por eso tenemos que actuar de noche. También tiene un perro muy feroz que ronda por el jardín. Las dos últimas veces que vi a Agatha era bastante tarde, y tuvo que encerrar a la fiera para que yo pudiera pasar. Esa es la casa, esa grande con terreno propio. Nos metemos por la puerta y vamos hacia la derecha, por entre los laureles. Lo mejor será que nos pongamos los antifaces aquí. Como ve, no hay luz en ninguna de las ventanas y todo marcha sobre ruedas.

Una vez puestos los negros antifaces de seda, que nos convertían en dos de las figuras más truculentas de Londres, nos acercamos furtivamente a la casa oscura v silenciosa. A uno de los lados había una especie de terraza embaldosada, a la que daban varias ventanas y dos puertas.

-Ese es su dormitorio -susurró Holmes-. Esta puerta da directamente al despacho. Lo mejor sería entrar por ella, pero está cerrada con llave y con cerrojo y haríamos demasiado ruido al forzarla. Venga por aquí. Hay, un invernadero que da a la sala de estar.

El invernadero estaba cerrado, pero Holmes cortó un círculo de cristal v abrió el pestillo por dentro. Un instante después, había cerrado la puerta a nuestras espaldas y nos habíamos convertido en delincuentes a los ojos de la ley. El aire denso v caluroso del invernadero, cargado con la fuerte v sofocante fragancia de plantas exóticas, se pegó a nuestras gargantas. Holmes me tomó de la mano en la oscuridad y me guió con rapidez a lo largo de hileras de arbustos cuyas ramas nos rozaban la cara. Mi amigo poseía una notable facultad, laboriosamente cultivada, para ver en la oscuridad. Sin soltarme de la mano, abrió una puerta y tuve la confusa sensación de que habíamos entrado en una habitación espaciosa en la que poco tiempo antes se había fumado un cigarro. Holmes avanzó a tientas entre los muebles, abrió la puerta y la cerró a nuestras espaldas. Extendí la mano v palpé varios abrigos que colgaban de la pared, por lo que comprendí que estábamos en un pasillo. Avanzamos por él y Holmes abrió con mucho cuidado una puerta del lado derecho. Algo echó a correr hacia nosotros v casi se me sale el corazón por la boca, aunque estuve a punto de echarme a reír al darme cuenta de que se trataba del gato. En esta nueva habitación había una chimenea encendida, v también el ambiente estaba cargado de humo de tabaco. Holmes entró de puntillas, esperó a que yo pasara tras él y cerró la puerta con el mayor cuidado. Estábamos en

el despacho de Milverton, v en el extremo más alejado había un cortinaje que indicaba la entrada a su dormitorio.

El fuego ardía bien, iluminando la habitación. Cerca de la puerta vi brillar un interruptor eléctrico, pero no hacía falta encender la luz ni hubiera sido prudente hacerlo. A un lado de la chimenea había una gruesa cortina que tapaba el ventanal que habíamos visto desde fuera. Al otro lado estaba la puerta que comunicaba con la terraza. En el centro de la habitación había un escritorio con un sillón giratorio de reluciente cuero rojo. Enfrente de él, una gran librería con un busto de mármol de la diosa Atenea encima. En el rincón que quedaba entre la librería v la pared había una gran caja fuerte de color verde, en cuyos tiradores de latón pulido se reflejaba la luz de la chimenea. Holmes cruzó con sigilo la habitación v contempló la caja. Luego se acercó con igual cautela a la entrada del dormitorio y escuchó atentamente con la cabeza ladeada. No se oía ni un sonido en el interior. Mientras tanto, a mí se me ocurrió que lo más prudente sería asegurarnos la retirada por la puerta que daba al exterior y me acerqué a examinarla. Con gran sorpresa comprobé que no estaba cerrada ni con llave ni con cerrojo. Le di un toque a Holmes en el brazo y él volvió su rostro enmascarado en aquella dirección. Pude ver que se sobresaltaba, y resultaba evidente que aquello le sorprendía tanto como a mí.

-No me gusta -susurró acercando los labios a mi oído-. No sé qué significa esto. Sea lo que sea, no tenemos tiempo que perder.

-¿Puedo hacer algo?

-Sí; quédese junto a la puerta. Si oye venir a alguien, ciérrela por dentro, y ya saldremos por donde entramos. Si vienen por el otro lado, podemos salir por la puerta si es que hemos terminado o escondernos detrás de las cortinas de esta ventana si no hemos terminado aún. ¿Ha comprendido?

Asentí con la cabeza y me quedé junto a la puerta. Mi primera sensación de miedo había desaparecido y ahora me sentía excitado, con una emoción aún más intensa que la que había experimentado en cualquiera de las ocasiones en las que actuábamos como defensores de la ley y no como infractores. La noble finalidad de nuestra misión, el saber que se trataba de un acto altruista y caballeroso, la personalidad canallesca de nuestro adversario, todo ello acentuaba el interés deportivo de nuestra aventura. Lejos de sentirme culpable, me recreaba y regocijaba en el peligro. Contemplé con admiración cómo Holmes desplegaba su instrumental y escogía la herramienta adecuada con la tranquilidad y precisión científica de un cirujano que realiza una delicada operación. Yo sabía que abrir cajas fuertes era una de sus aficiones favoritas, y me di cuenta de la alegría con que se enfrentaba a aquel monstruo verde y dorado, el dragón que encerraba entre sus fauces la reputación de tantas hermosas doncellas. Arremangándose los puños de su chaqueta -había dejado el abrigo encima de una silla-, Holmes sacó dos taladros, una palanqueta y varias llaves maestras. Yo permanecí junto a la puerta central, sin dejar de vigilar todas las demás, atento a cualquier emergencia, aunque lo cierto es que no tenía muy claro lo que iba a hacer si alguien nos interrumpía. Holmes trabajó durante media hora con concentrada energía, dejando un instrumento, tomando otro, manejándolos todos con el vigor y la delicadeza de un experto mecánico. Por fin oí un chasquido, la gruesa puerta verde se abrió de par en par y pude vislumbrar en el interior un gran número de paquetes de papeles, todos ellos atados, sellados y etiquetados. Holmes sacó uno de los paquetes, pero resultaba difícil leer a la luz vacilante del fuego, así que recurrió a su pequeña linterna sorda, ya que encender la luz eléctrica habría resultado demasiado peligroso estando Milverton en la habitación contigua. De pronto vi que se interrumpía, escuchaba con atención y un instante después había cerrado la puerta de la caja fuerte, recogía su abrigo, guardaba todas las herramientas en los bolsillos y se lanzaba como una flecha a esconderse detrás de la cortina de la ventana, indicándome con gestos que hiciera lo mismo.

Sólo después de ocultarme a su lado oí lo que había provocado la alarma en sus sentidos, más agudos que los míos. Se oían ruidos en algún lugar de la casa. Primero, una puerta que se cerraba a lo lejos; luego, un confuso y apagado rumor que acabó por convertirse en el rítmico resonar de unos pasos decididos que se acercaban con rapidez. Llegaron al pasillo que había fuera de la habitación y se detuvieron ante la puerta. La puerta se abrió. Se oyó un fuerte chasquido al girar el interruptor eléctrico y se encendió la luz. Volvió a cerrarse la puerta y llegó a nuestras narices el aroma picante de un cigarro fuerte. Entonces se iniciaron de nuevo los pasos, andando de un lado a otro, a pocos metros de nosotros. Por fin se oyó el crujido de un sillón y los pasos cesaron. A continuación oímos una llave que entraba en una cerradura y luego el crujir de los papeles. Hasta aquel momento, yo no me había atrevido a mirar, pero entonces separé con mucho cuidado las cortinas y miré a través de la abertura. Holmes apretó su hombro contra el mío y comprendí que también él estaba mirando. Delante de nosotros, y casi al alcance de la mano, vimos la ancha y redondeada espalda de Milverton. No cabía duda de que habíamos malinterpretado sus movimientos y que durante todo aquel tiempo él no había estado en su dormitorio, sino pasando el rato en algún salón o sala de billar en el otro extremo de la casa, cuyas ventanas no habíamos visto. Su voluminosa cabeza entrecana, con una reluciente calva en la coronilla, ocupaba el primer plano de nuestra visión. Estaba recostado hacia atrás en su sillón de cuero rojo, con las piernas extendidas y un largo cigarro negro saliendo oblicuamente de su boca. Vestía una chaqueta de corte militar y color rosado, con cuello de terciopelo negro. Sostenía en la mano un largo documento legal, que leía de manera indolente mientras lanzaba por la boca anillos de humo. Por la comodidad de su postura y la tranquilidad de su actitud, no parecía que tuviera intenciones de marcharse pronto.

Sentí que la mano de Holmes agarraba la mía y le daba un apretón tranquilizador, como para indicarme que podía controlar la situación y que no estaba preocupado. Pero yo no estaba seguro de si él había visto lo que, desde mi posición, saltaba a la vista: que la puerta de la caja había quedado mal cerrada y Milverton podía fijarse en ello en cualquier momento. Decidí por mi propia cuenta que en el mismo instante en que Milverton diera señales de haberlo advertido, yo saltaría de mi escondite, le echaría el abrigo sobre la cabeza para inmovilizarlo y dejaría el resto en manos de Holmes. Pero Milverton no levantó la mirada. Permanecía vagamente interesado en los papeles que tenía en la mano y pasaba una página tras otra, siguiendo la argumentación del abogado. «En fin -pensé-; cuando termine el documento y el cigarro se marchará a su habitación.» Pero antes de que pudiera terminar ninguna de las dos cosas ocurrió algo extraordinario, que desvió nuestra atención por otros caminos.

Yo me había fijado en que Milverton consultaba varias veces su reloj y en una ocasión se había levantado, para volverse a sentar con un gesto de impaciencia. Sin embargo, no se me había ocurrido que pudiera tener una cita a horas tan intempestivas hasta que llegó a mis oídos un débil sonido procedente de la terraza de fuera. Milverton dejó sus papeles y se puso rígido en su asiento. Se repitió el sonido y a continuación unos golpecitos en la puerta. Milverton se levantó para abrirla.

-Bueno -dijo secamente-. Llega usted con casi media hora de retraso.

Así que ésta era la explicación de la puerta sin cerrar y de la vigilia nocturna de Milverton. Se oyó el suave roce de un vestido de mujer. Yo había cerrado la abertura entre las cortinas cuando Milverton volvió el rostro en nuestra dirección, pero ahora me aventuré a abrirla de nuevo con mucho cuidado. Milverton se había vuelto a sentar, con el cigarro todavía insolentemente colocado en la comisura de sus labios. Frente a él, iluminada de lleno por la luz eléctrica, había una mujer alta y delgada, vestida de oscuro, con un velo sobre el rostro y una capa que le cubría la barbilla. Respiraba entrecortadamente y su esbelta figura temblaba de emoción de pies a cabeza.

-Muy bien -dijo Milverton-. Me ha hecho usted perder unas buenas horas de sueño, querida. Espero que haya valido la pena. ¿No podía venir a otra hora, eh?

La mujer negó con la cabeza.

-Bien, si no se puede, no se puede. Y si la condesa la ha tratado mal, ahora tiene la oportunidad de desquitarse. Pero... Pobre muchacha! ¿Por qué tiembla de ese modo? ¡Vamos, serénese! Y ahora, vayamos al negocio -sacó una nota del cajón de su escritorio-. Dice usted que tiene cinco cartas que comprometen a la condesa D'Albert. Quiere usted venderlas. Yo quiero comprarlas. Hasta aquí todo va bien. Sólo falta fijar el precio. Como es natural, me gustaría ver antes las cartas. Si son buenas de verdad... ¡Cielo santo! ¡Es usted!

Sin decir una palabra, la mujer se había levantado el velo y dejado caer la capa que cubría su barbilla. El rostro que se enfrentaba a Milverton era moreno y atractivo, de facciones bien dibujadas, nariz aguileña, cejas marcadas y oscuras sobre unos ojos que brillaban con dureza, y una boca de labios finos y rectos, curvada en una sonrisa peligrosa.

-Sí, soy yo -dijo-. La mujer cuya vida ha destrozado.

Milverton se echó a reír, pero en su voz había una vibración de miedo.

-Ha sido usted tan obstinada -dijo-. ¿Por qué me obligó a llegar a tales extremos? Le aseguro que yo, por propia iniciativa, soy incapaz de hacer daño a una mosca, pero todo el mundo tiene su negocio y ¿qué podía yo hacer? Fijé un precio que estaba perfectamente dentro de sus posibilidades, y usted no quiso pagar.

-Así que envió las cartas a mi marido, y él, el caballero más noble que jamás ha existido, un hombre al que yo no era digna ni de atarle los zapatos, murió con el corazón destrozado. ¿Recuerda usted la última noche que pasé por esa puerta? Rogué y supliqué, pidiéndole compasión. Y usted se rió en mi cara, como pretende reírse ahora, sólo que ahora su corazón de cobarde no puede impedir que le tiemblen los labios. Sí, nunca pensó que volvería a verme por aquí, pero aquella noche aprendí la manera de llegar hasta usted para encontrármelo cara a cara y a solas. Bien, Charles Milverton, ¿qué tiene usted que decir?

-No piense que puede intimidarme -dijo él poniéndose en pie-. Sólo tengo que dar una voz para llamar a mis sirvientes y hacer que la detangan. Pero estoy dispuesto a disculpar su natural irritación. Salga de mi habitación por donde vino v no diré una palabra más.

La mujer siguió donde estaba, con la mano hundida en el pecho y la misma sonrisa mortal en sus finos labios.

-No volverá a destrozar más vidas como destrozó la mía. No torturará más corazones como ha torturado el mío. Voy a librar al mundo de un bicho venenoso. ¡Toma esto, perro, y esto! ¡Y esto, y esto, y esto!

Había sacado' un pequeño y reluciente revólver y vació un cilindro tras otro en el cuerpo de Milverton, con el cañón a dos
palmos escasos de la pechera de su camisa. El hombre retrocedió encogiéndose y luego cayó de cara sobre la mesa, tosiendo con fuerza y crispando las manos entre los papeles. Se volvió a levantar tambaleante, recibió otro tiro y cayó rodando al suelo.

-¡Me has matado! -gimió, y quedó inmóvil.

Nuestra intervención no habría podido, de ninguna manera, salvar a aquel hombre de su destino. Sin embargo, al ver cómo la mujer descargaba una bala tras otra en el cuerpo encogido de Milverton, yo había estado a punto de saltar, pero entones sentí la fría y fuerte mano de Holmes que me agarraba de la
muñeca y comprendí todo lo que quería decir aquella presa firme y disuasoria: que aquello no era asunto nuestro; que se había hecho justicia con un canalla; que nosotros teníamos nuestra propia tarea y nuestros propios objetivos, y que no debíamos perderlos de vista. Apenas había acabado la mujer de salir de la habitación, cuando Holmes, de un par de zancadas rápidas y silenciosas, se plantó en la otra puerta e hizo girar la llave en la cerradura. En aquel mismo instante oímos voces en la casa y el sonido de pasos apresurados. Los disparos de revólver

habían despertado a la servidumbre. Con absoluta tranquilidad, Holmes se dirigió a la caja, cogió todos los papeles de cartas que pudo abarcar con ambos brazos y los arrojó al fuego. Repitió la operación una y otra vez, hasta que la caja quedó vacía. Alguien estaba intentando girar el picaporte y golpeando la puerta por fuera. Holmes miró rápidamente a su alrededor. La carta que había servido como mensajera de la muerte para Milverton estaba sobre la mesa, toda salpicada de sangre. Holmes la arrojó también entre los papeles que ardían. Luego sacó la llave de la puerta exterior, salió por ella detrás de mí y la cerró por fuera.

-¡Por aquí, Watson! -dijo-. ¡Podemos escalar la tapia del jardín!

Jamás había creído que una alarma pudiera propagarse con tanta rapidez. Cuando miré hacia atrás, la enorme casa tenía todas las luces encendidas, la puerta principal estaba abierta y se veían figuras corriendo por el sendero de entrada. Todo el jardín estaba lleno de gente, y cuando nosotros salimos de la terraza un tipo gritó: «¡Aquí están!», y se lanzó en nuestra persecución, pisándonos los talones. Holmes parecía conocer a la perfección el terreno y se abrió camino con rapidez por entre una plantación de arbolitos, conmigo siguiéndole los pasos y nuestro perseguidor más adelantado resoplando detrás de nosotros. La tapia que nos cerraba el paso medía casi dos metros de altura, pero Holmes saltó por encima sin dificultad. Cuando yo intentaba hacer lo mismo, sentí que la mano del hombre que nos perseguía me agarraba del tobillo; me desembaracé de el a patadas y trepé como pude sobre el borde sembrado de cristales. Caí de cara entre unos arbustos, pero Holmes me hizo ponerme de pie al instante y echamos a correr juntos por el extenso brezal de Hampstead Heath. Creo que debimos correr unas dos millas antes de que Holmes se detuviera por fin y escuchara con atención. Detrás de nosotros el silencio era absoluto. Habíamos despistado a nuestros perseguidores y estábamos a salvo.

***

Acabábamos de desayunar y estábamos fumando nuestra pipa matutina del día siguiente al de la extraordinaria aventura que acabo de relatar cuando el señor Lestrade, de Scotland Yard, muy solemne y ceremonioso, se hizo anunciar en nuestro modesto cuarto de estar.

-Buenos días, señor Holmes -dijo-. Buenos días. ¿Puedo preguntarle si en estos momentos se encuentra muy ocupado?

-No tanto como para no poder escucharle.

-Se me ha ocurrido que, tal vez, si no tiene nada especial entre manos, no le importaría ayudarnos en un caso de lo más extraordinario que ha ocurrido esta misma noche en Hampstead.

-¡Caramba! -exclamó Holmes-. ¿Y de qué se trata?

-Un asesinato..., un asesinato de lo más dramático y misterioso. Ya sé lo mucho que le interesan estas cosas, y consideraría un gran favor que pasara por Appledore Towers para echarnos una mano con sus consejos. No se trata de un crimen vulgar. Hace bastante tiempo que le teníamos echado el ojo a ese señor Milverton, que, entre nosotros, era un pedazo de canalla. Sabemos que guardaba documentos que utilizaba para hacer chantaje. Los asesinos han quemado todos estos papeles. No se han llevado nada de valor, y es bastante probable que los criminales fueran hombres de buena posición, cuyo único objeto era evitar el escándalo.

-¡Criminales! -exclamó Holmes-. ¿En plural?

-Sí, eran dos. Estuvieron a punto de cogerlos con las manos en la masa. Tenemos huellas de sus pisadas, tenemos sus descripciones...; le apuesto diez a uno a que los encontramos. El primero era demasiado rápido, pero el segundo fue alcanzado por el ayudante del jardinero y tuvo que forcejear para escaparse. Era un hombre de estatura media, complexión atlética, mandíbula cuadrada, cuello grande, bigote y un antifaz sobre los ojos.

-Eso es bastante inconcreto -dijo Sherlock Holmes-. ¡Si hasta podría ser una descripción de Watson!

-Es cierto -dijo el inspector muy divertido-. La descripción podría aplicarse a Watson.

-Bien, me temo que no puedo ayudarle, Lestrade -dijo Holmes-. La verdad es que yo ya conocía a ese Milverton, y lo consideraba uno de los hombres más peligrosos de Londres. Creo que existen ciertos crímenes que escapan al alcance de la ley y que, por tanto, justifican hasta cierto punto la venganza particular. No, no vale la pena discutir. Ya está decidido. Mis simpatías se inclinan más por los criminales que por la víctima y no pienso encargarme de este caso.

Holmes no había dicho una sola palabra acerca de la tragedia que habíamos presenciado, pero me fijé en que pasó toda la mañana muy pensativo y, con su mirada ausente y su comportamiento abstraído, daba la impresión de estar esforzándose por recordar algo. Estábamos a la mitad de la comida cuando, de pronto, se puso en pie de un salto.

-¡Por Júpiter, Watson! ¡Ya lo tengo! -exclamó-. ¡Coja su sombrero y venga conmigo!

Bajó a toda velocidad por Baker Street y luego dobló por Oxford Street hasta llegar casi a Regent Circus. Allí, a mano izquierda, había un escaparate lleno de fotografías de las celebridades v bellezas del momento. Los ojos de Holmes se clavaron en uña de ellas y, siguiendo la dirección de su mirada, vi la fotografía de una dama majestuosa v altiva, con vestido de corte v una alta diadema de brillantes en su noble cabeza. Contemplé la delicada curva de la nariz, las cejas marcadas, la boca recta v la fina y enérgica mandíbula bajo la boca. Y me quedé sin respiración al leer el título, con siglos de historia, del eminente aristócrata v estadista con el que había estado casada. Mi mirada se cruzó con la de Holmes v éste se llevó un dedo a los labios mientras nos alejábamos dé] escaparate.